



Bazant, Mílada, *Historia de la educación durante el porfirato*, El Colegio de México, México, 1993, 298 p.

A. Boris Abba Bernstorff

Para hablar de los logros que se han alcanzado en el ramo de la educación, es menester revisar los anaqueles de la historia; la presente apreciación es necesaria para realizar una comparación analítica que permita ver similitudes y diferencias existentes dentro de la educación, en períodos históricos diferentes (maximato y década de los noventa, durante el presente siglo) y a su vez tan parecidos entre sí.

Desde el nacimiento de México, como nación independiente, ha existido la inquietud e interés por brindar una enseñanza básica a todas las clases sociales, esto es, hacer una educación más democrática. Estos aspectos los encontramos documentados en los libros de la historia nacional, siendo la época más promisoría, la del gobierno de Díaz. Durante esta etapa se pueden apreciar los grandes avances que se van gestando. De los lineamientos e ideas más importantes que se pueden mencionar destacan, la introducción de la pedagogía moderna, creación y

multiplicación de las escuelas normales, el ofrecimiento de carreras técnicas a obreros y la educación superior que alcanzó su época de oro.

La obra *Historia de la educación durante el porfiriato*, es una lectura amena, que nos introduce a esa constante preocupación por la educación, misma que consta de IX apartados, bien documentados, en los cuales se muestran los logros alcanzados durante este período histórico; esta etapa ha sido una de las más polémicas dentro de la historia nacional y, por ende, el tema más abordado desde los diferentes ámbitos, sean culturales, económicos, políticos y sociales, dentro de la composición del Estado mexicano.

A lo largo del siglo XIX, la educación en Europa alcanzó nuevos horizontes. Después de la revolución francesa, estuvo claro que la igualdad política debía empezar por otorgar una educación básica a todos los ciudadanos. El Estado tomó como una de sus principales metas la democracia educativa y a partir de entonces se empezó a sistematizar la educación, anteriormente reservada a los pedagogos teóricos. Por otra parte, la revolución industrial inglesa creó la necesidad de preparar hombres instruidos en los diversos oficios para que participaran en las sociedades que rápidamente se industrializaban. Estas ideas cobraron vida en el México porfiriano cuando la paz permitió que el Estado pudiera llevar a cabo un programa general de educación pública.

La trama que tejió la historia porfiriana está llena de paradojas. Treinta años de un solo régimen era el sueño de una nación que había sufrido medio siglo de guerras, pobreza y desilusión. La edad apacible dio pie para que la modernidad invadiera la geografía, las latitudes y los modos de pensar. El sonado progreso era un síntoma revelador de que México dejaba atrás la huella inexorable del pasado. El optimismo de las primeras décadas hizo posible que el país poco a poco fuera arquitecto de su propio destino, y que esa confianza alimentara cuanto había de creativo en los mexicanos. En el campo de la educación, México vivió por algún tiempo la dicha pródiga del ideal utópico de alfabetizar a toda la población. Desde los inicios, el perfil que marcó el gobierno era proporcionar una instrucción elemental obligatoria para todos. La democracia educativa era una lejana meta, pero posible.

En 1906, Ricardo Granados, al analizar la Constitución del 57, sostenía "que el error de los legisladores mexicanos estaba en considerar las cosas no como son, sino como deberían ser a su juicio", es decir, se basaban en una realidad idealizada.

La preocupación por dar educación a todos los mexicanos surgió desde los primeros años del régimen porfirista, por desgracia, el abismo que hay entre la palabra escrita y su práctica es enorme. La educación tuvo sus triunfos en la calidad, no en la cantidad.

En número relativo más niños fueron a la escuela, pero el índice de alfabetismo apenas aumentó. El crecimiento no se dio ahí sino en toda la pila de ideologías y debates que transformaron y adoptaron como propia la modernidad en la educación. Se puede decir que la base de la educación actual se gestó en los años que van de 1876 a 1910. Se introdujo la pedagogía moderna.

México formaba un territorio de contrastes. La unidad política que logró Porfirio Díaz se traducía en una unidad educativa en el sentido de que una instrucción básica uniforme uniría a todos los mexicanos y desaparecería la "anarquía mental" prevaleciente en épocas anteriores.

Si todos los mexicanos aprenden lo mismo, afirmaba Porfirio Díaz, tenderán a actuar de la misma manera. A pesar de que la capital de la República era el centro cultural por excelencia y servía de ejemplo para el resto de la nación, los cánones educativos no fueron impuestos, sino dialogados por representantes de todas las entidades en cuatro congresos de instrucción. Cada estado fue adoptando sus metas y sus planes educativos según lo permitieran los recursos económicos y lo establecieran las prioridades regionales.

Cabe resaltar que el libro se centra en una fase tradicional, de la población mexicana que era eminentemente rural. La mayoría vivía en haciendas, rancherías o agrupaciones de 100 a 500 habitantes y el promedio nacional en 1910, era de 153. El Distrito Federal, la mayor concentración urbana de la república, tenía 40 000 habitantes en el mismo año, pero el promedio de la ciudad era de 7 000 personas. Frente a estos números que hoy

nos parecen irrisorios, la tarea educativa era titánica. Los obstáculos que había que enfrentar para educar en forma masiva eran prácticamente infranqueables si consideramos las insuficientes vías de comunicación (el ferrocarril llegaba sólo a algunas ciudades) la diversidad de razas y lenguas y desde luego, la escasez de recursos estatales y municipales. Si a esto sumamos la idea que sostenían los liberales relativa a la inferioridad del indio y su incapacidad para aprender, no debe sorprendernos el índice de alfabetización que se alcanzó. Desde las primeras décadas del régimen se pensó en la inmigración como la medida más viable para lograr la modernización y el desarrollo económico. Sin embargo, como no tuvo éxito, pronto se hizo obvio que el progreso de México tendría que basarse en su propia población. A partir de ese momento (primeros años del siglo) aumentó el interés por educar al indio, como único medio de integrarlo a la sociedad. Esta conciencia vino quizá demasiado tarde, cuando la abrumadora mayoría (84% en 1900) no sabía leer ni escribir.

El desarrollo educativo -como en la actualidad-, no fue de ninguna manera uniforme. El norte del país, con poca población indígena, mayores recursos y gobernantes preocupados por la educación, obtuvo mayores índices de alfabetización. En cambio el sur, tradicionalmente rural, atrasado y con un alto porcentaje de indígenas, mantuvo durante todo el régimen sólo 10% de la población alfabetizada. La meseta central del país, que enlazaba una región con otra, fue la zona más progresista, aunque no necesariamente la más alfabetizada; es decir, se preocupó más por la educación rural, que debió haber sido el aspecto prioritario en el nivel nacional.

Victoriano Salado Álvarez, Mariano Azuela, Alberto Pani y José Valadés, afirman que la escuela porfiriana era democrática (en un mismo salón se encontraban todas las clases sociales) y que generalmente, contaban con excelentes maestros, aunque no siempre con los métodos adecuados. Siguió imperando en ocasiones el dicho tradicional de "la letra con sangre entra". Sin embargo, gracias a una de las obsesiones educativas, que era la implementación del método objetivo o el "despertar de los sentidos", la enseñanza fue cambiando, y en ocasiones adquirió un

matiz sólo soñado por las naciones civilizadas. La educación informal desempeñó también un papel importante. Después de la merienda era común que los padres de familia leyeran capítulos de algunos libros, seguido de comentarios y lecturas adicionales. En esa época el mundo de la cultura era limitado. Se puede decir que el periodismo fue el único tipo de publicación que llegó a todas las clases sociales y estimuló el desarrollo de la lectura. No en vano Pani afirma que no era raro ver a un arriero leer *El Imparcial*.

En esos años lánguidos, todo se requería rápido y nada cambiaba suficiente. La era de paz permitió que un verdadero fervor educativo invadiera lo mismo a intelectuales y "científicos" que a pedagogos y maestros. En los diferentes campos de acción, en el periódico, en la tribuna parlamentaria, en el puesto público, en la escuela directamente con maestros, todos se comprometieron para construir la educación nacional que obtuvo sus mejores resultados en una cimentación ideológica. Ciertamente, Porfirio Díaz heredó la ley jurista de instrucción pública de 1867, que establecía los principios liberales de una educación laica y obligatoria. Pero en su régimen se cambió de modo radical el método de la enseñanza y se estableció la escuela moderna mexicana, cuyo carácter integral se basaba en el desarrollo moral, físico, intelectual y estético de los escolares. En los programas de estudio se hacía hincapié en que los educandos debían aprender algún oficio con el objetivo de hacerlos más diestros y ayudarlos en el futuro a ganarse la vida. Con la creación, en 1885, de la primera Normal en la capital, le siguieron prácticamente todos los estados y ninguna profesión fue más popular ni más aplaudida que la de maestro. Este grupo profesional tomó el trabajo como misión y gracias a ello, sobrevivió varios años. Sin embargo, debido a su baja retribución y a las deplorables condiciones laborales, empezaron a legitimar sus intereses y hacia fines del régimen formaron un grupo homogéneo de protesta.

Es importante señalar que en esa época, en que el país se industrializaba rápidamente, surgió la necesidad de formar técnicos, ya fuera a nivel elemental o especializado. Las escuelas de artes y oficios y las nocturnas procuraron atraer a las grandes masas de la población, cuyos beneficios iban a ser para ellas

mismas y para la nación. La mística del progreso se dejaba sentir en las aulas escolares. En nivel superior las escuelas de agricultura e ingeniería obtuvieron un gran apoyo directamente del presidente Díaz, quien pensaba que el futuro del país estaba en la formación científica de agrónomos e ingenieros. Ningún proyecto educativo, sin embargo, atrajo tanto la atención de intelectuales, "científicos" y público en general, como la Escuela Nacional Preparatoria. Las clases dirigentes se identificaron con la ideología positivista que la sustentaba y volcaron su entusiasmo en esta institución que formaba la élite de la inteligencia y preparaba a los profesionistas del mañana. Las escuelas especiales (profesionales) ofrecían una gama de especialidades, pero eran demasiado largas y complicadas, todo por y para la ciencia. Al término de las diferentes carreras, los egresados no obtenían mayores sueldos ni tenían las mejores oportunidades. Se daba preferencia al competidor extranjero que ofrecía los mismos servicios a precios más altos. El régimen estuvo ciego ante las necesidades de sus propios profesionales que en vano sufrieron el *surmenage* y sirvieron sobre todo para aumentar "la falange negra del proletariado intelectual".

La cruzada educativa emprendida en la década de los ochenta del siglo pasado, fue única en la historia de la educación del siglo XIX en México. Teniendo como una de sus máximas prioridades asegurar el carácter obligatorio de la educación primaria. Con este principal objetivo en mente, la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados, formada principalmente por Justo Sierra, autor de la "política científica" y después uno de los principales científicos, y Julio Zárate, procedió a formular un proyecto estatutario que tomaba las ideas fundamentales de la ley de instrucción pública de 1867 y las ampliaba. Dicha iniciativa se convirtió en ley el 23 de mayo del año siguiente, pero no entró en vigor, pues uno de sus artículos establecía que el Ejecutivo de la Unión tendría que decretar su reglamento. Mientras tanto, surgió la idea de uniformar la enseñanza en todo el país, y con este fin se convocó a los estados a los congresos de 1889 y 1890; la ley de 1888 no se aplicó hasta 1891 cuando se expidió su reglamento.

Para asegurar el carácter obligatorio de la enseñanza, la ley de 1888, establecía en el Distrito Federal dos escuelas de ins-

trucción elemental: una para niños y otra para niñas, o una sola mixta, para cada 4 000 habitantes al menos. Varones y mujeres debían ir a la escuela de los 6 a los 12 años de edad y se impondrían multas a todas las personas responsables de que no se cumpliera este precepto.¹

La práctica indicaba que el cumplimiento de este principio era casi imposible. Los niños de las ciudades que tenían acceso a las escuelas no iban por ignorancia o por hambre. Era común que los niños fueran sólo temporadas a la escuela y muy pocos lograban terminar los ciclos educativos. Si el gobierno hubiera hecho efectiva la aplicación de este artículo, hubiera tenido que multar a más de la mitad de los padres o tutores. El historiador y dramaturgo Alfredo Chavero se declaró partidario de la instrucción obligatoria, pero a la manera de Juárez, "sin sanción penal, pues era mejor obsequiar desayunos, premios pecuniarios y becas a los niños pobres". Estaba consciente de la inutilidad de esta práctica, porque, en su carácter de director de la escuela primaria de Las Vizcaínas, "había comprobado que la asistencia de los alumnos se reducía a la cuarta parte de los inscritos, lo cual atribuía a dos razones principales: el trabajo de madres y el hambre de los hijos".

La preocupación por dar educación a todos los mexicanos surgió desde los primeros años del régimen porfirista. La democracia educativa fue una de las metas más importantes, pero la experiencia fue demostrando que alfabetizar a toda la población era prácticamente una utopía. La uniformidad en los sistemas educativos fue un ideal que, dentro de lo posible, se hizo realidad.

Entender los procesos históricos nos permitirá enmendar los errores del pasado y retomar los aciertos logrados para emprender el progreso. Educar es entender y entender significa comprender. Sólo así lograremos avanzar para abatir el rezago educativo, que si bien es cierto, durante el porfiriato la población era menos, los datos proporcionados en el libro, nos dan una idea de cómo estaba la enseñanza, y realizando una interpretación a nuestros días la educación parece estancada en el pasado.

¹ *Las multas iban hasta los 100 pesos o, en su defecto, 30 días de arresto, Meneste, 1983.*